

Política económica en Argentina y Tesis Doctoral de Axel Kicillof: *Fundamentos de la Teoría General. Las consecuencias teóricas de Lord Keynes**

Economic policy in Argentina and Axel Kicillof's PhD thesis: Fundamentos de la Teoría General. Las consecuencias teóricas de Lord Keynes

por Rafael Böcker Zavaro**

Al economista Axel Kicillof¹ se le atribuye la redacción del proyecto de ley de expropiación del 51% de las acciones de YPF en manos de Repsol, que Cristina Fernández de Kirchner envió al Congreso en abril de 2012. Kicillof se graduó con diploma de honor en la facultad de Económicas de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Fundó en 1992 la asociación estudiantil TNT (Tontos pero No Tanto). Después ingresó en la asociación peronista juvenil La Cámpora. En 2004 fundó también junto a otros economistas el Centro de Estudios para el Desarrollo Argentino (CENDA). A sus 41 años ha sido autor de tres libros y cerca de cincuenta artículos y documentos de trabajo. Doctor en Economía de la UBA, desde principios de 2011 tiene una licencia sin goce de sueldo como docente e investigador otorgada por la UBA y el CONICET, para desempeñar primero el cargo de subgerente general de la estatal Aerolíneas Argentinas Austral y después el de secretario de Política Económica y Planificación del Desarrollo del Ministerio de Economía y Finanzas Públicas.

El objetivo principal de Kicillof en su Tesis doctoral -publicada como libro y comentada en estas páginas- fue echar luz sobre los fundamentos propuestos por Keynes. Se trata de una Tesis producto de una investigación desarrollada entre fines de 1998 y principios de 2005, en el marco de la UBA. Según el propio Kicillof, los interrogantes que le dieron vida nacieron durante sus años de formación como economista: por un lado, la carrera de economía que estaba basada en libros de texto y *papers* inscriptos en su mayoría dentro de la síntesis neoclásica; por otro lado, toda su actividad “extracurricular” que conducía hacia las obras clásicas de Smith, Ricardo y especialmente hacia Marx, autores casi del todo ausentes en las teorías ortodoxas o neoclásicas. Para Kicillof “encontrar que Keynes entabla en su *Teoría General* un diálogo frontal con las preocupaciones de los autores clásicos fue para mí un descubrimiento liberador. A contramano del relato metabolizado por la *síntesis*, el economista más importante del siglo XX ofrece su propia perspectiva acerca de los fundamentos de la economía: la teoría del capital, la teoría del dinero y la teoría de la mercancía. Se revelaba así, ante mí, una verdad olvidada: detrás de la infinidad de modelos fragmentarios que pueblan los programas de estudio de la economía tradicional, se encuentran ocultas, en un submundo actualmente inexplorado, sus propias explicaciones últimas acerca del origen del valor y del excedente. Hay, pues, otra economía detrás de la economía. Este trabajo se convirtió así, en su propio desarrollo, en lo que hoy es: un ajuste de cuentas con la formación que me ofreció la economía

* Axel Kicillof, *Fundamentos de la Teoría General. Las consecuencias teóricas de Lord Keynes*, Buenos Aires, Eudeba, 2008, 498 p.

** El autor es Profesor de Sociología de la Universitat Rovira y Virgili e integrante del Grupo de investigación Análisis social y organizativo.

rafael.zavaro@urv.cat

¹ La reseña fue escrita con anterioridad a la asunción de Axel Kicillof como ministro de Economía [N del E].



mainstream”.

En 1936 John Maynard Keynes publicó su *Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero*, obra que lo convirtió en el economista más influyente del siglo XX. Kicillof destaca que su nombre aún sigue ligado férreamente a las políticas económicas expansivas y en general a todo avance de la intervención del Estado en los asuntos económicos.

Si bien el tipo de políticas públicas que Keynes defendió era frecuente en la década de 1930, sus teorías representaron un esfuerzo consciente por retratar los cambios profundos que modificaron al Estado y al sistema capitalista a principios del siglo XX. Así, pues, para Kicillof la *Teoría General* es la manifestación de una crisis en la teoría económica ortodoxa en el marco de la más grande crisis del capitalismo. Keynes creía que esta teoría había sido concebida para una etapa histórica ya pasada, razón por la que sus enseñanzas eran engañosas y en la práctica negativas. En palabras de Kicillof, “cuando llegó el turno de lidiar con la inflación de posguerra como cuando, poco después, sobrevino la depresión, la ortodoxia defendió y pretendió aplicar –y lo hizo en muchos casos– las tradicionales políticas contractivas, encaminadas a reducir el gasto público, restringir el crédito y la liquidez, y a presionar para que se produjera una reducción generalizada de los salarios. Tanto en un contexto de inflación como de alta desocupación, la contracción es la panacea de la ortodoxia, porque supone que cuando el mercado actúa por sí mismo es infalible; de modo que la respuesta consiste en evitar toda intromisión en sus mecanismos” (esto es, del Estado y los trabajadores organizados).

No obstante, mientras la figura de Keynes conquistaba un enorme protagonismo en la economía, en la política y en el debate público, la *Teoría General* se perdía en el olvido. Y lo paradójico para Kicillof está en que fueron los propios seguidores de Keynes, desde un principio y hasta el presente, quienes llegaron al sorprendente consenso que la *Teoría General* no sólo está mal escrita y es confusa, sino que, además, sería inconsistente el argumento del libro considerado como un todo. Y peor aún, esta obra fue sometida a un proceso de “apropiación selectiva”: algunas de sus ideas fueron absorbidas por la teoría económica, pero otras, en cambio, fueron desechadas sin ser siquiera sometidas a crítica.

Según Kicillof, el principal reproche que puede hacerse a los detractores pero también a los seguidores de Keynes es que no intentaron reconstruir el argumento completo de la *Teoría General*, una tarea que debe preceder a toda intención crítica. Además, muestra que el objetivo expresado por Keynes en su obra consistió en hacer compatibles la teoría del valor con la teoría del dinero, alcanzando así la representación de una economía monetaria. Cuando el atribulado *mainstream* se enfrentó a la *Teoría General*, se inclinó por adoptar sólo el “modelo” que Keynes ofrecía, pero despreció sus fundamentos teóricos, y con ello tuvo que pagar un alto

costo: dividir la teoría económica en dos ramas inconexas: la microeconomía y la macroeconomía. En el campo de la primera se conservaron los viejos fundamentos del marginalismo aportados fundamentalmente por Marshall y Walras, mientras que la macroeconomía se acostumbró a construir sus modelos sin discutir los conceptos de dinero, de capital y de valor. Para Kicillof “esta separación, ahora naturalizada, es ajena al pensamiento de Smith y Ricardo, pero también de los fundadores del marginalismo; sólo cobró cuerpo luego de la embestida de Keynes”. A partir de ese momento comenzó a tomar forma la llamada síntesis neoclásica con el objetivo de ocultar y posponer su propia crisis teórica, sin resolverla. Así, pues, la crítica “de Keynes estuvo dirigida hacia las ideas centrales del *mainstream* de su época, ideas que, en lo fundamental, eran idénticas a las que sostiene aún hoy la teoría microeconómica”. El saldo más significativo de la llamada síntesis neoclásica es para Kicillof que ninguno de sus dos compartimientos se reservó un lugar para discutir los fundamentos teóricos, esto es, la naturaleza misma de las categorías económicas. Ni la microeconomía ni la macroeconomía se han ocupado de la naturaleza del dinero y del capital, del origen del interés y de la ganancia, de la teoría del valor y de las determinaciones históricas del capitalismo.

En su libro Kicillof mostró que Keynes no se proponía con la *Teoría General* fundar la macroeconomía como una rama nueva en el marco de la teoría económica, sino denunciar las fallas históricas, lógicas y empíricas de la teoría neoclásica y reemplazar sus fundamentos teóricos sobre el valor, el dinero y el capital. Desde su punto de vista, a pesar que Keynes no encuentra una respuesta adecuada a los interrogantes que intentó responder, su crítica a la economía neoclásica no ha perdido nada de su profundidad y vigencia en el presente. Por todo ello, Kicillof se propuso demostrar que la contribución más importante de la *Teoría General* no se reduce al “modelo” que propone para determinar el nivel de empleo, sino que está contenida en otros dos aspectos: su agudísima crítica a la teoría ortodoxa y la búsqueda de unos fundamentos teóricos distintos de los ofrecidos por ella. Y si bien en su libro Kicillof no defiende las conclusiones a las que arriba la *Teoría General*, sostiene que es necesario volver a discutir los fundamentos mismos de la teoría económica y que en ese debate Keynes tiene algo que decir.

De este modo, podemos plantear que la metamorfosis a la que fueron sometidas las ideas originales de Keynes dejó de lado un conjunto de elementos centrales que son imprescindibles para comprender algunas causas de la crisis actual, diseñar políticas para impulsar la actividad económica y regular a los mercados financieros. Ante todo, la pregunta no es si los Estados deben intervenir o no en la economía, ya que los mercados no existen por sí solos, siempre existen en un contexto de reglas, leyes, regulaciones y políticas públicas. Una de esas ideas esenciales es que el nivel de actividad está determinado por el gasto, por la demanda efectiva. De este modo, que Keynes invirtió la causalidad vigente en las teorías



ortodoxas otorgando un lugar predominante a la demanda efectiva. Así, para impulsar el nivel de actividad se requiere inversión y gasto público y privado. A pesar de la fortaleza lógica y empírica de ese razonamiento, la visión de Keynes fue abandonada. En su reemplazo se instaló la reducción del déficit fiscal mediante el ajuste como mecanismo para reactivar la actividad económica.

Política económica en Argentina.

Los estímulos desplegados hoy por Estados Unidos no son suficientes para reactivar los niveles de actividad y los ajustes aplicados en Europa recuerdan aquellos aplicados durante los años noventa en América Latina, producto también de políticas neoliberales en el marco de crisis de deudas soberanas. En ese contexto que desencadenó la crisis económica y social, Argentina declaró la cesación de pagos más grande de la era moderna en 2001. El gobierno kirchnerista en el poder desde 2003, concretó un exitoso canje de deuda por el porcentaje de quita de capital, la extensión del plazo de pago y la baja de la tasa de interés de los bonos que reemplazaron a los del default. Se consiguió además una aceptación muy elevada a la propuesta del trueque de papeles, alcanzando el 93 por ciento del total de acreedores en dos operaciones, realizadas en 2005 y 2010. A partir del cierre del primer canje, el kirchnerismo se ha convertido en el período político que más deuda ha pagado en forma neta desde el regreso de la democracia en 1983. Argentina abandonó el tipo de cambio fijo y reestructuró su deuda, lo que le permitió salir de la crisis y retomar la senda del crecimiento.

Uno de los grandes mitos que se repite permanentemente en gran parte de las corporaciones mediáticas nacionales e internacionales es que el rápido crecimiento de la economía argentina durante la última década se ha debido a un auge de la exportación de commodities. Tal y como destacan economistas como Paul Krugman o Mark Weisbrot, predominan artículos en la prensa internacional con un tono muy negativo sobre la situación actual de la Argentina. La realidad es que su expansión económica se debió a la inversión y al consumo interno, producto de cambios fundamentales en sus decisiones macroeconómicas y políticas de redistribución del ingreso. Es decir, la estrategia exitosa seguida por Argentina poco tiene que ver con el “viento de cola” de la exportación de commodities. Y menos aún tiene que ver con los planes de austeridad impuestos a los países periféricos en Europa.

A finales de 2011, luego de la reelección de Cristina Fernández de Kirchner, Kicillof desembarcó en el Ministerio de Economía junto con otros economistas graduados en la UBA como Emmanuel Alvarez Agis, Nicolás Arceo y Javier Rodríguez. A los pocos meses se activó una campaña mediática en su contra en notas de prensa como la de “Axel Kicillof, el marxista que desplazó a Boudou” (*La Nación*, 12/03/2012), en donde su autor Carlos Pagni sostiene premeditada y falazmente que “en los últimos tiempos Kicillof se concentró más en Marx. Está aprendiendo alemán para leerlo en su versión original. Hijo de un psicoanalista, bisnieto de un

legendario rabino llegado de Odessa, la genealogía de Kicillof parece ser una sucesión de dogmáticas”. Punto por punto, estas calumnias de tipo macartista y antisemita fueron desmontadas por el aludido. Desde entonces el relato mediático genera operaciones para instalar internas y conflictos entre diversos funcionarios oficialistas, con el objetivo de desgastar la imagen del gobierno. Además, el proceso antes mencionado de formación de un equipo económico heterodoxo que pudiera planificar el desarrollo es presentado por los medios hegemónicos argentinos con titulares del tipo “Los apóstoles de Kicillof, los antiguos amigos y los números de las eléctricas” (*Clarín*, 04/05/2012).

La realidad es que en enero de 2012 se reestructuró el organigrama del Ministerio de Economía, con lo que se dispuso el traspaso del área de la que dependen los directores del Estado que participan en la conducción de las empresas privadas, como es el caso de Kicillof en Siderar. En total, el Estado tiene participación en unas 40 firmas, coordinados por la Dirección de Gestión Empresarial, que comenzó a depender de la Subsecretaría de Coordinación Económica y Mejora de la Competitividad.

En calidad de viceministro de Economía y secretario de Política Económica, Kicillof presentó el pasado mes de septiembre de 2012 en el Congreso los principales lineamientos macroeconómicos del proyecto de Presupuesto 2013. Primero enmarcó el debate en un recorrido histórico, que fue desde la última dictadura militar, período que dio inicio al neoliberalismo en Argentina, cuya continuación fue la década menemista y los dos años de la Alianza. En este derrotero, sostuvo que a partir de 2003 se inició una nueva etapa de industrialización del país, donde el Estado pasó a jugar un rol clave en la economía. Y que para sostener la economía hay que poner el gasto público al servicio de la producción y el empleo.

En un encuentro en el Ministerio de Trabajo sobre formación laboral y competitividad donde participaron cámaras empresarias y sindicatos, Kicillof aseveró que “no les vamos a dar el gusto de aplicar las recetas de ajuste; el camino para lograr mejoras genuinas de competitividad es más difícil, requiere más Estado, mejores salarios, capacitación, diálogo y planificación” y que “el cambio estructural es un proceso de largo plazo. Para que la reindustrialización sea exitosa va a tomar más tiempo que los 30 años que duró la política neoliberal iniciada en 1976” (*Página 12*, 9/11/2012). “No quieren que nos industrialicemos, quieren que Argentina sea un paraíso financiero y agroexportador”, apuntó el secretario de Política Económica, quien aprovechó su intervención para cuestionar “la política de privatización de servicios públicos con tarifas altas”, así como “la falta de inversión privada en materia energética”. Kicillof explicó que las recetas de industrialización ortodoxas para los países periféricos como Argentina exigen “industrias poco calificadas, bajos salarios, malas condiciones laborales, impedir la sindicalización para eliminar los conflictos



y mega devaluaciones de la moneda (...) Aplicar las políticas neoliberales de industrialización es muy sencillo, pero sería una derrota para nuestro proyecto y no les vamos a dar el gusto”, aseveró.

Las experiencias traumáticas de las fases recesivas en el ciclo económico argentino predisponen a creer que toda crisis necesariamente concluirá en resultados devastadores. Los antecedentes de varias décadas ofrecen como prueba fuertes devaluaciones de la moneda nacional, incremento de la desocupación, quiebra de empresas y bancos, deterioro social y fuerte aumento de la pobreza. Uno de los aspectos más destacados del actual ciclo económico es que la crisis de 2009 y la de 2012 no han tenido la resolución prevista teniendo en cuenta las precedentes: se ha comprobado que existe otra manera de transitar el trayecto recesivo de la economía amortiguando sus efectos y no profundizándolos. El actual contexto económico internacional fue una señal contundente para rectificar el rumbo en el frente fiscal que exige expansión en la fase negativa del ciclo económico. El mayor financiamiento del Banco Central al Tesoro dentro de los límites establecidos por la nueva Carta Orgánica es una medida adecuada para retomar el impulso de la demanda agregada eludiendo las políticas de ajuste.

La economía estaba caminando hacia el abismo de la restricción externa, por el tipo de crecimiento en los últimos años con una fuerte alza de las importaciones, desequilibrio de la balanza comercial energética, acelerada fuga de capitales y excedentes de producción de las potencias presionando sobre el mercado local. Una fuerte devaluación con el consiguiente shock inflacionario ha sido históricamente la respuesta a la escasez estructural de divisas. El gobierno se propuso desafiar ese desenlace que viene acompañado de elevados costos sociales y políticos mediante un estricto régimen de administración del comercio exterior y de divisas. Esa fue la estrategia elegida para eludir la restricción externa por estrangulamiento de divisas en la balanza de pagos.

Por otro lado, la decisión del gobierno argentino de expropiar el 51% de YPF en abril de este año permitió recuperar el manejo estratégico de la petrolera para lograr el autoabastecimiento energético. Así, se está revocando una política neoliberal de los años '90 enormemente negativa para el país, a pesar que recientemente Repsol demandó al Estado argentino en el Centro Internacional de Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones (CIADI) del Banco Mundial. Luego de la expropiación de YPF, Kicillof fue designado vice interventor de la compañía y fue objeto de una campaña mediática en España, que podemos ejemplificar con las notas de prensa “Axel Kicillof, el seductor intelectual de Cristina Kirchner” (*El Mundo*, 15/04/2012), “Irreverente, pero no tanto” (*El País*, 19/04/2012) y “El planificador del saqueo” (*ABC*, 17/04/2012), en las que se subraya el acceso directo que tendría a la presidenta y por su supuesto perfil radical, dogmático y oportunista.

Es interesante destacar que a tres años de la estatización

de Aerolíneas Argentinas de manos del Grupo Marsans, en la que Kicillof fue también vice interventor, se informa en los medios españoles e internacionales el procesamiento de Gerardo Díaz Ferrán: el juez de la Audiencia Nacional de España ha decretado el ingreso en prisión eludible bajo fianza de 30 millones de euros para el ex presidente de la cámara patronal española (CEOE) por el supuesto vaciamiento patrimonial del Grupo Marsans para evitar el pago a sus acreedores.

Más allá de ello, la recuperación de YPF fue una decisión estratégica, ya que se apostó por un plan para garantizar el autoabastecimiento energético, incrementar los proveedores locales y alcanzar una mayor sustitución de importaciones, como eje central de las políticas públicas nacionales. Asimismo, recientemente se creó la empresa YPF Tecnológica SA, un proyecto del que participan el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva y el CONICET, que nace con el objetivo de impulsar la formación de recursos humanos que puedan aportar su conocimiento al desarrollo de la industria de los hidrocarburos. De manera complementaria, recientemente la Comisión Nacional de Valores está evaluando alternativas de inversión, como la suscripción en bancos del nuevo bono de YPF para pequeños ahorristas, con un monto mínimo de mil pesos y una tasa de retribución del 19 por ciento. Se espera que sea una opción más rentable que atesorar en dólares.

En 2012 el gobierno argentino también convirtió en ley la nueva Carta Orgánica del Banco Central, lo que permitió revocar las reglas de la convertibilidad y ampliar el mandato de la institución para perseguir objetivos múltiples que incluyen el crecimiento, una distribución del ingreso más equitativa, la promoción del crédito sectorial y la estabilidad de precios. Con ello se propone la reconstrucción de una banca central que interpela la experiencia argentina de los noventa y la europea actual. En el largo período que predominó la ortodoxia en el Banco Central fue cuando más descalabros se registraron en el sistema monetario y bancario. Desde 1976, cuando la dictadura liberalizó el mercado financiero y el Banco Central quedó en manos de los liberales, se sucedieron crisis bancarias, estafas a ahorristas, estatización de la deuda externa privada, estallidos inflacionarios y cambios de moneda. En la Argentina de los años '90, la política económica operó bajo la carga de una forma extrema de ese diseño limitado, un régimen de caja de conversión, con un tipo de cambio fijado al dólar y una base monetaria estrictamente vinculada con la evolución de las reservas internacionales. Entre 1997 y 2002, la debilidad inherente de esta política monetaria generó un colapso económico y alta inflación. No obstante, el diseño neoliberal de los bancos centrales exige que persigan como objetivo exclusivo una meta de inflación, y el único instrumento disponible para lograrlo es la tasa de interés.

Con la nueva Carta Orgánica del Banco Central y su accionar de los últimos años se impide que la especulación privada del dólar afecte su nivel de reservas. La experiencia



Argentina indica que el Banco Central debe tener una importante cantidad de reservas internacionales como dique defensivo a los intentos de instalar un escenario de incertidumbre y gobiernos frágiles, y para enfrentar con éxito corridas cambiarias. La administración de divisas y los consiguientes controles para comprar dólares de los últimos meses, puso fin a un aceitado mecanismo para favorecer y facilitar la compra de dólares y fuga de capitales, que incluía una participación directa de grandes bancos locales e internacionales.

La fiscalización de las operaciones con dólares es una herramienta necesaria para disminuir la evasión y combatir el lavado de dinero y forma parte de una política de administración de divisas. El mercado muy liberal de acceso a moneda extranjera era inequitativo para la sociedad en su conjunto. La regulación del mercado de divisas fue una respuesta de emergencia ante la intensidad de la fuga de capitales: el mecanismo de control y administración de divisas fue el recurso para evitar que unos pocos acumularan una ganancia de capital por una fuerte devaluación con costos para el resto. Esta mayor regulación pudo instrumentarse porque antes hubo recuperación de márgenes de autonomía en la política económica y monetaria. De todos modos, la restricción externa por el déficit de divisas se acercó peligrosamente, sabiendo que es uno de los eslabones débiles de la economía argentina, cuyo desenlace no es otro que la crisis con una fuerte devaluación e inflación posterior, acompañada de inestabilidad política y social. El objetivo del régimen de compra de moneda extranjera fue evitar este escenario, sabiendo que las opciones son una fuerte devaluación, el ajuste fiscal o el endeudamiento a tasas de interés muy altas. Todas opciones más perjudiciales para la economía y los sectores vulnerables, incluso la clase media, que un régimen de administración de divisas.

A estas políticas se sumó la propuesta de proyecto de ley que abre la posibilidad para operar en el mercado de capitales y termina con su autocontrol. En línea con la tendencia internacional post crisis 2008 se modificará el actual mercado de capitales, que funciona como un club cerrado que se autoregula, autocontrola y se sanciona a sí mismo, que no logró el objetivo de convertirse en un canalizador del ahorro para el desarrollo, sino que ha privilegiado los componentes especulativos. Esta iniciativa que despertó duras críticas por parte de algunos sectores empresariales, otorga mayor poder de regulación al Estado sobre los grupos financieros.

Se implementaron también dos medidas importantes para una mejor gestión e inversión pública. Por un lado, el programa Pro.Cre.Ar de créditos para la vivienda y la obra pública municipal, presentado por Kicillof y el ministro de Planificación Federal, con el que el gobierno argentino espera llegar a fines de 2013 con una inyección de más de 40 mil millones de pesos para reactivar la construcción y recuperar el empleo. Por otro lado, se creó el Registro de Subsidios e Incentivos, conformado por el padrón de beneficiarios de subsidios de programas

y planes de promoción productiva, con excepción de los programas sociales implementados en el área del Ministerio de Desarrollo Social. Si bien cada ministerio conservará la potestad de fijar su política de subsidios, será contralada por la Subsecretaría de Coordinación Económica y Competitividad. Esta subsecretaría, que depende de Kicillof, será la autoridad de aplicación y permitirá potenciar las políticas y la eficiencia del aparato estatal. En sus propias palabras, “la intervención del Estado en la planificación de la economía debe ser inteligente y para eso se requiere un control. El registro no tiene fines estadísticos, sino que será una herramienta que también utilizarán los distintos organismos del Estado” (Página 12, 15/11/2012). Tal y como se plantea en los fundamentos del decreto, “la experiencia acumulada desde el año 2003 revela la necesidad de mejorar y profundizar las acciones del Estado nacional en la planificación del desarrollo económico, actuando sobre el diseño, la elaboración y la propuesta de lineamientos estratégicos para la programación de la política económica... A tal fin, corresponde optimizar las políticas económicas y productivas aumentando los grados de eficacia en la utilización de los recursos públicos, con el objetivo de lograr una acción coherente y eficiente del conjunto de medidas de política pública”.

Podemos decir, para concluir, que el estallido de la crisis internacional volvió a poner en evidencia las falencias del pensamiento económico dominante. La incapacidad de las teorías ortodoxas para abordar las causas de la crisis y la de las políticas de austeridad para salir de ella dejan en evidencia la necesidad de superar el modelo económico y social neoliberal. Y si bien el liberalismo económico de Adam Smith ofrecía una alternativa capitalista al Estado Absolutista y a la sociedad feudal, el neoliberalismo del siglo XX es una reacción conservadora contra el Estado keynesiano y la sociedad del bienestar: las políticas de austeridad están dirigidas a los recursos y capacidades del Estado y a los salarios de los trabajadores en beneficio de los sectores concentrados. Con ello se sustrae de la economía real enormes recursos que minan el bienestar de la población y la demanda agregada en tanto palanca de crecimiento económico y generación de empleo. De este modo, los países entran en números rojos, y en lugar de recaudar más a través de impuestos a las altas rentas y al sector financiero, deben hacer frente a los condicionamientos de ajuste de los organismos internacionales de crédito y a las crecientes tasas de interés para contraer nueva deuda. Todo ello explica en gran parte que Europa no sólo esté estancada económicamente desde hace un año, sino que según los últimos datos del Eurostat el espacio europeo terminó el año 2012 en recesión.

Recibido: 29/11/2012

Aceptado: 20/12/2012